



TRES EXPOSICIONES

La forma más objetiva, quizá, de exponer algo debiera hacer imperceptible todo lo que no fuera lo expuesto, ya que, en rigor, lo que se pretende es transmitir un tipo de información. Lo éticamente deseable es que dicha información llegara con las mínimas perturbaciones ideológicas; desde luego que, al intervenir la subjetividad de los propios realizadores, esto no es fácil que ocurra.

Otras veces tampoco se desea, sobre todo en las exposiciones internacionales, y así éstas se transforman en pura propaganda, en la nueva retórica, en que lo expuesto se convierte en un "a través de", en un medio para dar una imagen favorable de un país, de una empresa o de lo que fuera. No se busca hacer conocer algo, sino exaltar algo, y los objetos, una vez valorizados, superiorizados, son símbolos de otra cosa.

Desde luego que el objeto de la exposición es el visitante y que éste posee ciertos límites para fijar la atención o para descansarla, ciertos límites de recorridos y tiempos que no pueden sobrepasarse, so pena de no transmitir la información en la forma total y coherente que se pretende. Esto es técnica y, como toda herramienta, es ideológicamente neutra y, si bien es lo que posibilita hacer una exposición, no le confiere su intención; en otras palabras, depende del fin con que se la utilice.

Es claro que la retórica en las exposiciones no se manifiesta sólo en la propaganda política o empresarial, también puede darse en un más modesto nivel: en el del realizador.

Esto ocurre cuando son sus ideas, sus imágenes, sus deseos,

en resumen, él, lo que se expone, y el tema de la exposición se convierte así otra vez en un medio para otro fin.

Desde luego que la proyección del realizador siempre se dará, pero el problema consiste esencialmente en una graduación de valores sin que se pierda de vista el objetivo.

En este sentido me impresionó la exposición de El Escorial, la primera que vi de Feduchi, en la cual la estricta sujeción al tema y la mayor claridad expositiva están logradas con una extraordinaria economía de medios. Esta actitud es la que creo se sigue manifestando con otros repertorios.

Porque en todos los casos hay una clara compenetración con el tema. Desde una visión dinámica más "comercial" en la del Nuevo Centro, con los ruidos, luces, fotos de señalizaciones y pavimentos en el piso, su cine, la forma tan plástica y poco monótona de presentar gráficos y planos y la gran elegancia arquitectónica del sector blanco, hasta la más "histórica" de las Joyas Reales con la lujosa (sin materiales lujosos) densidad del marco arquitectónico que, por sobrio contraste, deja a las joyas como verdaderas protagonistas de la visita.

Otros problemas planteaba la exposición del Ministerio de la Vivienda. Creo que una exposición de este tipo debiera de tener un recorrido para el público en general, que transmitiera en forma sintética lo que se desea, y otro para público más especializado o para el que quiera profundizar el tema; no parece acertado mezclar formas gráficas accesibles a cualquiera con otras de mayor complejidad técnica. Produce, para la mayoría neófita, un reco-



rrido con "baches" de información que perturban el carácter unitario de la exposición. Sin embargo, este inconveniente de programa se resuelve en gran parte por el recurso de la pasarela de acceso. En efecto, ésta permite tener al llegar una visión total de la exposición y de su ordenamiento, y otra vez, a pesar de su vastedad, se resuelve todo con un mismo sistema, sin monotonía y con gran riqueza formal.

Desde luego que con estas pocas palabras no se pretende hacer una crítica exhaustiva de estas obras, ni mucho menos, sino tan sólo transmitir la impresión que me produjeron desde el primer momento y que puedo resumir en una sola palabra: arquitectura.

HORACIO BALIERO, arquitecto.

PABELLON DEL MINISTERIO DE LA VIVIENDA EN LA FICOP 67

FERIA DEL CAMPO - MADRID - 1967

JAVIER M. FEDUCHI, arquitecto.

